

Puy Pinillos

En 1512, Durero se dibujó señalando a su bazo y anotando: “Donde está la mancha amarilla, a la que apunto con el dedo, ahí me duele”. Este dibujo, realizado para una consulta médica, es la interpretación del humor negro, de la melancolía, de ese carácter que lo hacía diferente.

Señalar el dolor, el lugar que hace diferente es el cometido de las fotografías de Puy Pinillos. Son siete imágenes de mujeres. Siete chicas tristes, siete situaciones dramáticas, condenadas a repetirse en un espacio para la reflexión que no están exentas de dolor y advertencia.

La fotografía es un medio a través del que construye alegorías y metáforas que transgreden el propio medio para adentrarse en los recovecos menos transitados de la historia de la pintura. Son narraciones, pequeños cuentos, historias de mujeres (que para nada quieren investigar en la manida cuestión del género) que desobedecen las convenciones enunciativas de la fotografía para penetrar en los cuadros con secreto, en las historias ocultas de la pintura. Su propósito es narrar desde el abismo en el que se encuentran sus protagonistas asiladas, incomunicadas, dentro de una estructura espacial que nos remite al pánico.

Del único laberinto que no se puede escapar es de la propia existencia, ya que está definido por el principio y el fin. No hay posibilidades alternativas. Y esa falta de alternativa, de elección, de capacidad operativa, se transcribe literalmente a través de estas imágenes. De ahí que la elección fotográfica tenga la conciencia del memento mori, captura de un instante que, a la vez, se convierte en infinito y es capaz de amplificar el mensaje.

Los gestos y los detalles narran minuciosamente estos universos determinados por la tristeza. Rostros ocultos, gestos de derrota, manifestaciones melancólicas, crustáceos agonizantes, escenarios vacíos, sombras que absorben la imagen, detalles de lo perecedero, para hablar de situaciones límite, en el que ser se derrumba irremediabilmente ante una situación imposible. La imposibilidad de amar, los amores difíciles, las almas desgarradas por el dolor, la ausencia de esperanza, la desaparición en el dolor. Bien y mal, no existen, tan solo su conciencia. Y esa convención dramática y cruel se convierte en protagonista de historias que son incapaces de sobreponerse y que juegan con arquetipos socialmente establecidos. Las mujeres son representadas como

portadoras del mal, seres impuros que reciben todo el daño que, a la vez, son capaces de causar.

El amor como catástrofe. La mujer del amante, intenta reflejar la pureza que todavía vive la mujer que aún no está maldita, acaparada por esos convencionalismos que la ven como la víctima. Atrapada en un triángulo de la que no sabe que forma parte. No hay ninguna redención mesiánica. Dolor que antecede al dolor. La chica del cangrejo también se alimenta de este accidente. Como la anterior, es una mujer abocada al abismo, más todavía si cabe, en un espacio en el que todo se torna imposible y agonizante. Un acontecimiento del dolor y de la muerte, una sutil reflexión sobre la imposibilidad de cualquier acontecimiento feliz, en el que la reacción es imposible.

Mostrar las heridas a modo de exorcismo. La oscuridad ganando terreno, devorando a sus hijos irremediamente. Y aparece de nuevo esa referencia a la propia representación de la cultura occidental: la melancolía. Silvia aparece en la penumbra, en una escena que absorbe su ser. Tragedia y catástrofe sobre la ruina de la existencia. La vergüenza es la estructura de T, una pieza en la que el personaje nos interroga, se tapa y a la vez nos mira, nos interpela clemente mientras sale del túnel escondiendo su rostro. No tiene identidad, somos todos. De nuevo la referencia a la representación decimonónica, los personajes encapuchados, avergonzados de su propio ser.

Las niñas. Sin Título explora el territorio de lo femenino. Hay una búsqueda de la luz, aunque la imagen queda cubierta por una neblina reflejo del ambiente triste y opresivo en el que vive el personaje. Claustrofobia y dolor, en una fotografía en la que no hay escapatoria. La esperanza es infinita, escribía Benjamin, pero no para nosotros. Y la búsqueda de la luz queda cegada en esta imagen que se torna opaca, huidiza, definitiva. Jaulas, espacios, existencias...

Atrapa ese instante melancólico y reflexivo. Sólo le interesa eso, el segundo del pensamiento, el instante fugado que cruza por su ser, el momento íntimo y trascendente. Sophie se convierte en un ángel. Pero esta imagen también está larvada por su ambivalencia. Ángel sí, pero terrible, como diría Rilke. Y es que solo queda clara una cosa. Para emocionarse ante el trabajo de Puy Pinillos es necesario haber amado.